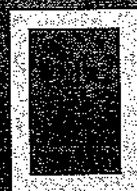
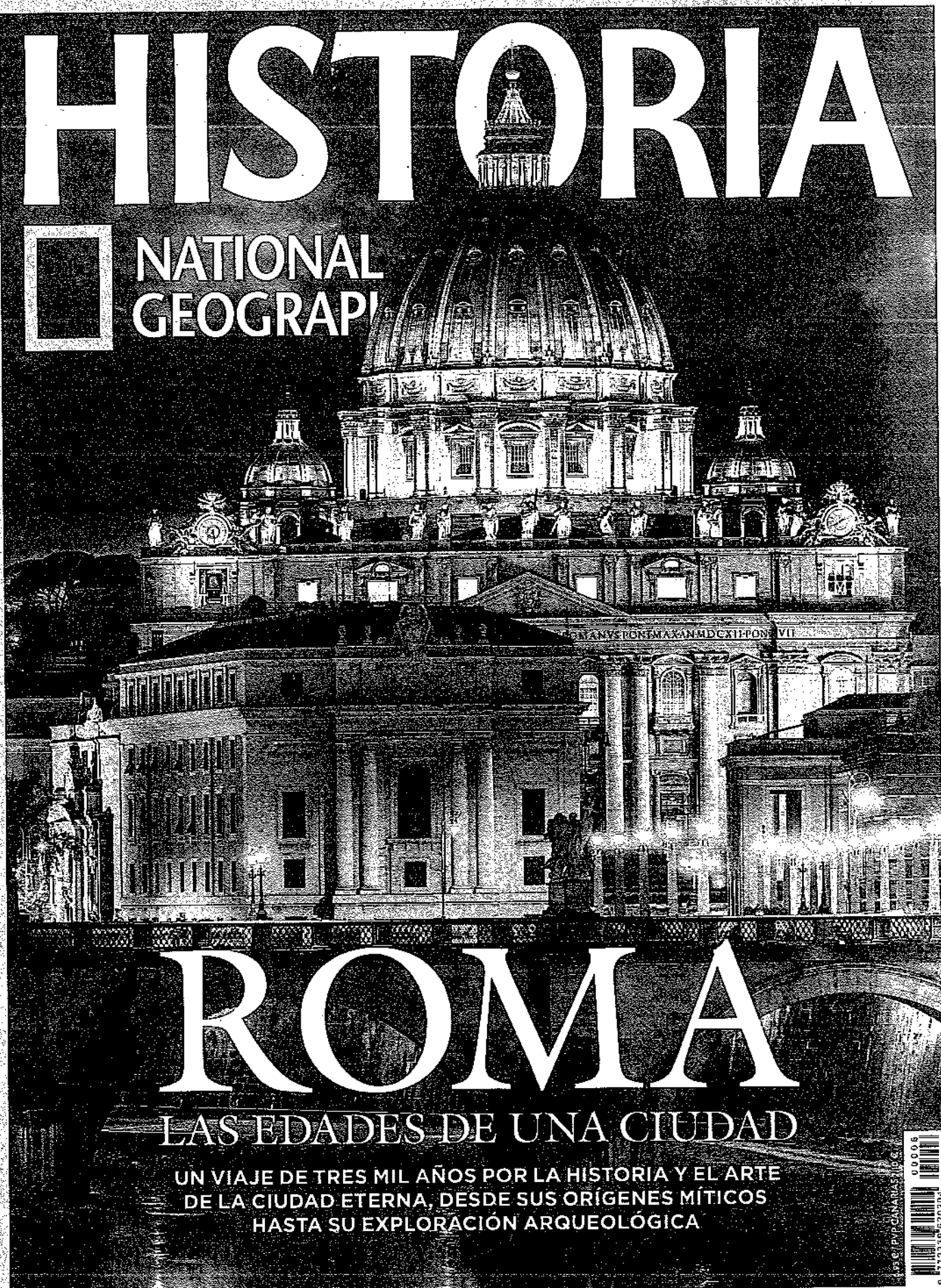


• EDICIÓN ESPECIAL •

# HISTORIA



NATIONAL  
GEOGRAPHIC

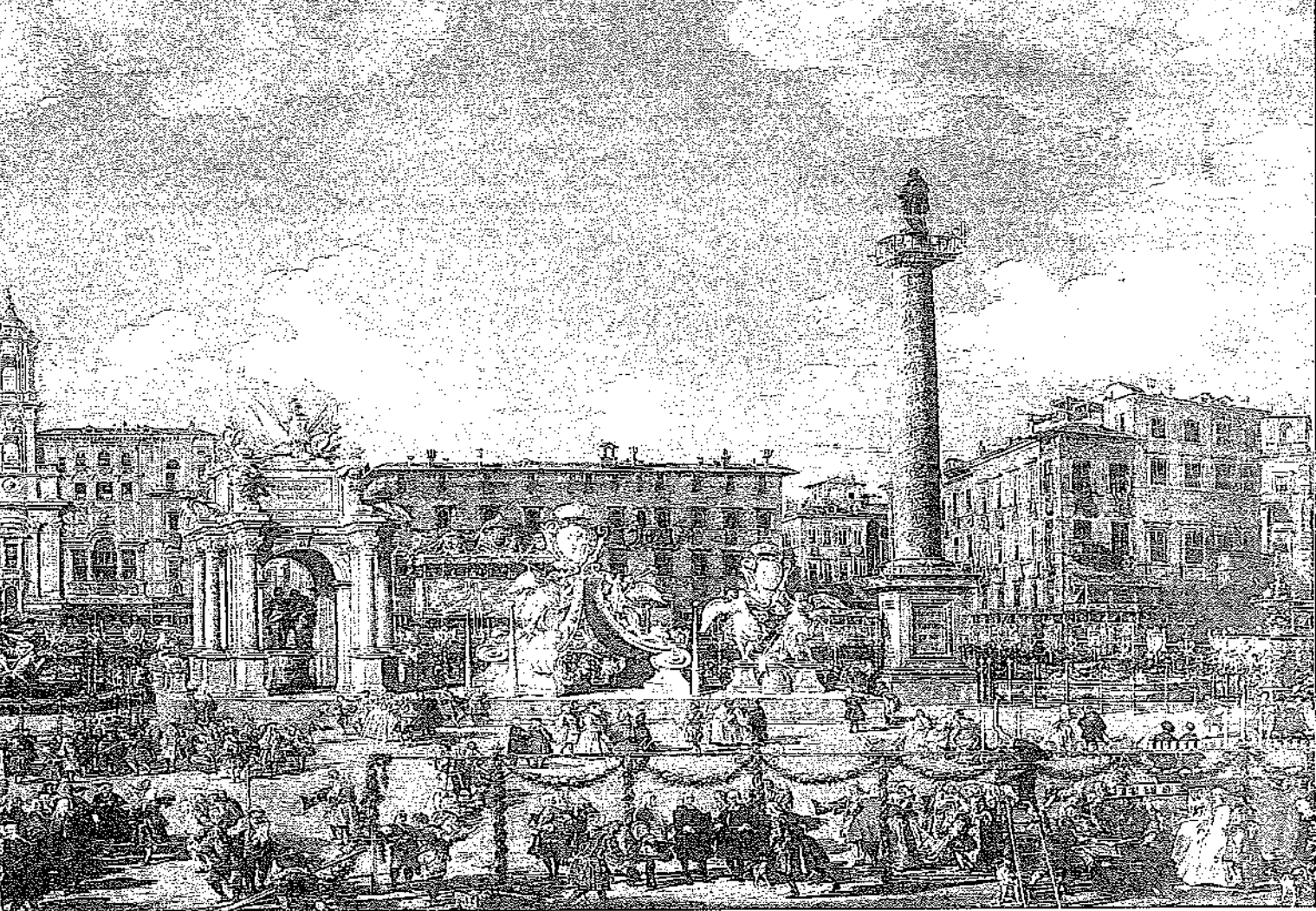


# ROMA

LAS EDADES DE UNA CIUDAD

UN VIAJE DE TRES MIL AÑOS POR LA HISTORIA Y EL ARTE  
DE LA CIUDAD ETERNA, DESDE SUS ORÍGENES MÍTICOS  
HASTA SU EXPLORACIÓN ARQUEOLÓGICA

0.0005  
9 772339 626204



## 80 Una larga Edad Media

Roma renació de sus cenizas como sede del papado y se convirtió en la meta de millares de peregrinos del mundo católico.

## 92 La capital del Renacimiento

El retorno de los pontífices a Roma, tras casi un siglo de estancia en Aviñón, impulsó reformas que devolvieron a la ciudad su esplendor.

## 106 El Saco de Roma

La pugna entre Carlos V y el papa Clemente VII desembocó en el terrible saqueo de la capital de la Cristiandad por las tropas imperiales.

## 116 El corazón de la Contrarreforma

En la Roma del siglo XVII, el arte se convirtió en un espectáculo que subrayaba el poder y la majestad de los pontífices y su capital.

## 130 Viajeros del Grand Tour

Roma inspiró a escritores, pintores, músicos y poetas que, entre los siglos XVIII y XIX, viajaron a la ciudad atraídos por sus ruínas y sus habitantes.

## 142 El descubrimiento de Roma

Con el siglo XVI nació el interés por las ruinas y las obras de arte halladas en Roma, un pasado que la arqueología sigue desvelando.



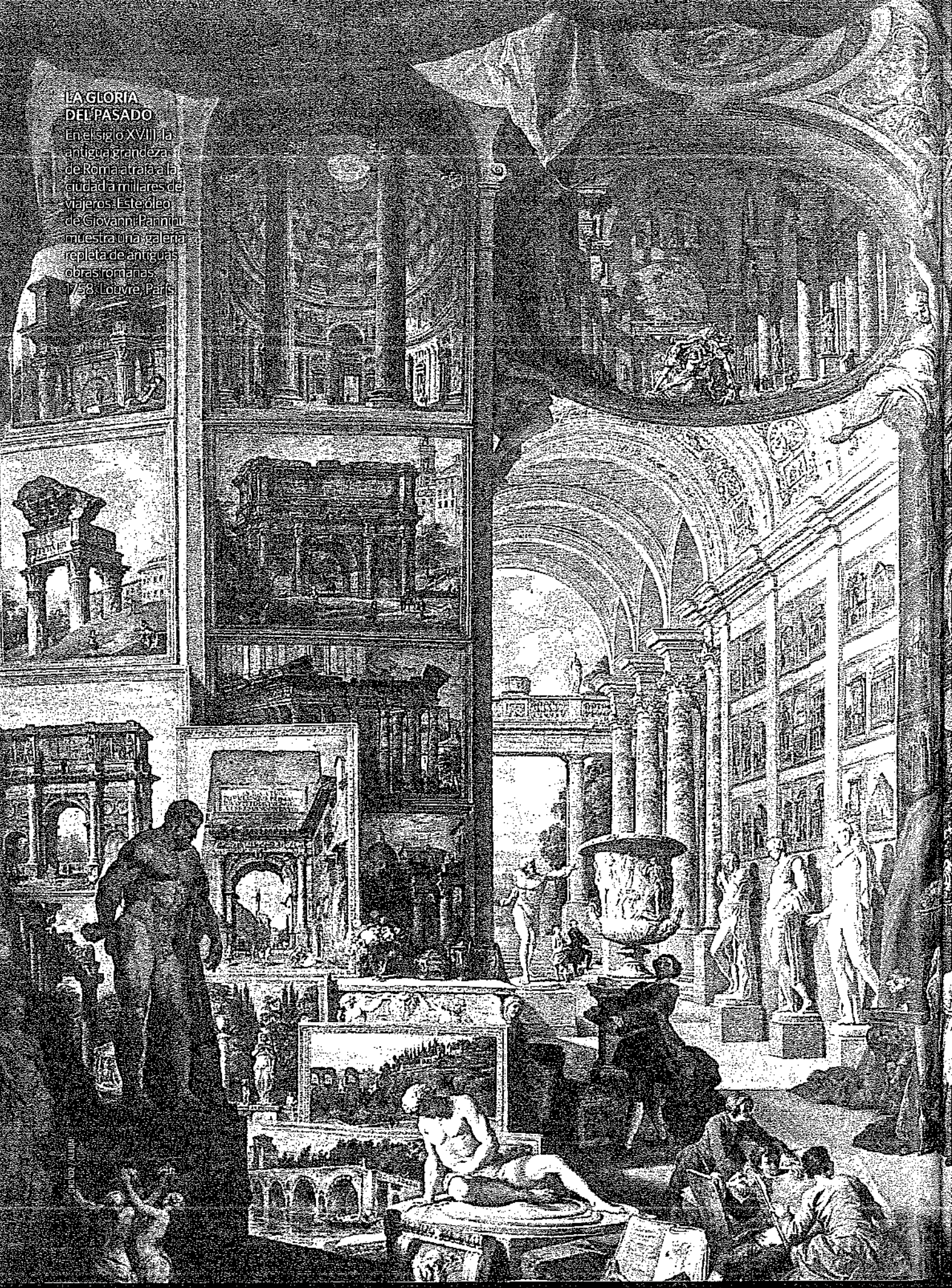
EL PUENTE DE SANT'ANGELO Y, DETRÁS, LA BASÍLICA DE SAN PEDRO. EN ROMA, EL EDIFICIO ACTUAL FUE TERMINADO EN EL SIGLO XVII.

FOTOGRAFÍA DE MARTIN SCHLÖSSER



## LA GLORIA DEL PASADO

En el siglo XVIII la antigua grandeza de Roma atraía a la ciudad a miles de viajeros. Este óleo de Giovanni Panini muestra una galería repleta de antiguas obras romanas. 1758. Louvre, París.



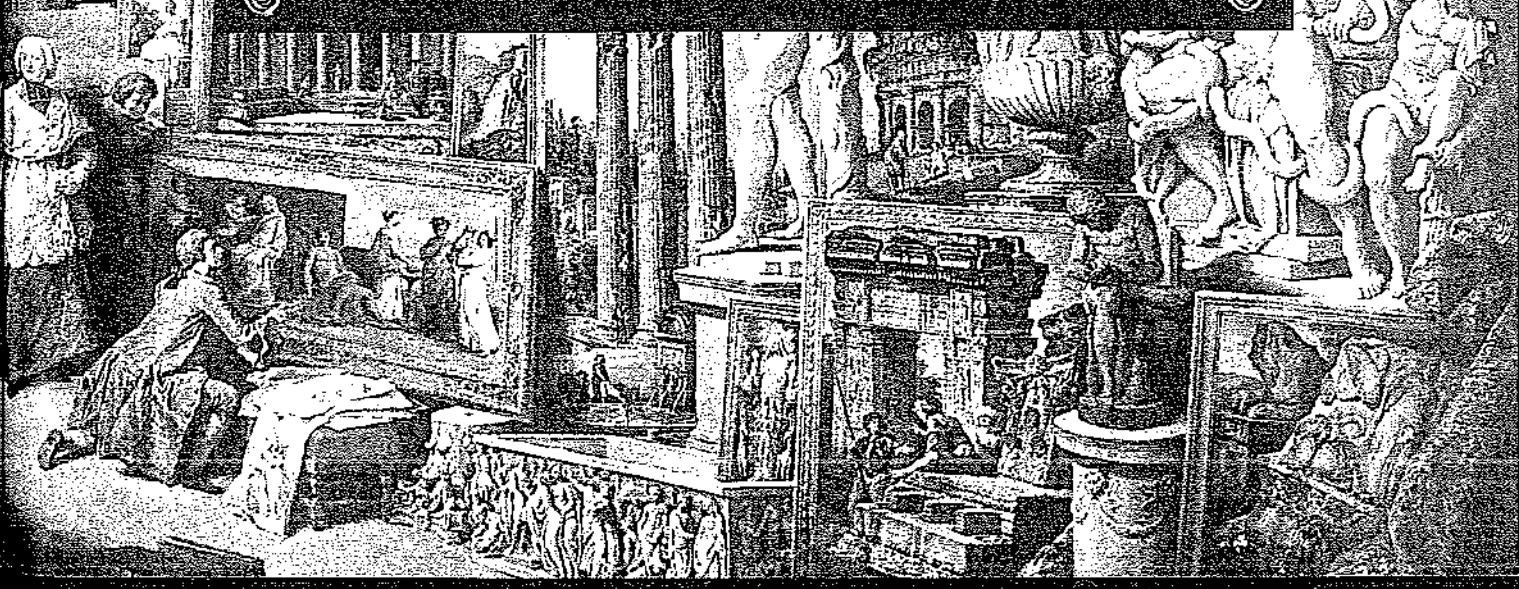




LA ROMA DEL GRAND TOUR  
**VIAJEROS  
EN ROMA**

Si durante el siglo XVIII Roma atrajo a los amantes de la Antigüedad clásica, que buscaban inspiración en sus ruinas, en el siglo XIX viajaron a Roma quienes iban en pos de experiencias románticas y ambientes pintorescos

ROSA MARIA DELLI QUADRI  
UNIVERSIDAD DE NÁPOLES



**D**urante el siglo XVIII se desarrolló una auténtica pasión por Italia entre los círculos cultos de Europa. Desde el siglo anterior, Italia se veía como un inmenso depósito de obras de arte y antigüedades, un recurso inagotable de itinerarios y de atractivos naturales, una colección increíble de los más variados regímenes políticos.

Así, entre los siglos XVIII y XIX no hubo ningún intelectual europeo que no intentara revivir el mito de Ulises —la aventura errante— por las calles de Italia, y varias generaciones de aristócratas y burgueses europeos emprendieron el «viaje continental». Considerado como una especie de iniciación durante el paso de la adolescencia a la edad adulta, el *Grand Tour* a lo largo del continente europeo era una experiencia fundamental e indispensable para el hombre de cultura.

Precisamente en el siglo XVIII, la renovada afición por la Antigüedad grecorromana favoreció el despertar de un nuevo interés por el viaje a Italia, que impulsó a muchísimos viajeros a seguir la estela del *Grand Tour* y a no detenerse sólo en Florencia y la Toscana, sino a proseguir hacia aquel más allá espiritual que muchas veces permanecía como algo simplemente imaginado o que sólo podían alcanzar los peregrinos religiosos.

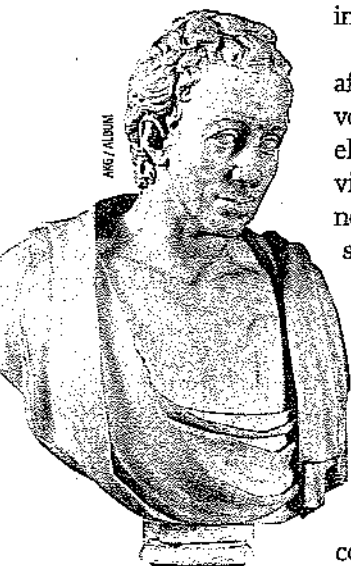
Italia ya no se acababa en Florencia, sino que ampliaba sus horizontes a una Roma que ya no representaba únicamente la cristiana Ciudad de Dios, sino la «Ciudad Eterna», la profana, donde se confundían pasado, presente y futuro. Además de ser la capital del Estado del papa, era la ciudad antigua de las ruinas, de las reliquias, de las obras de arte renacentistas. Ya no se iba allí para obtener la absolución o rezar ante las reliquias, sino para descubrir, comprender y revivir el pasado: el del clasicismo, del humanismo y del Renacimiento. Entre 1760 y 1780 se congregaban allí al menos 40.000 forasteros sólo durante el invierno (durante el verano eran muchos más).

El siglo XVIII fue un momento de oro para la educación en el culto a la civilización clásica, y fue también la época en que aparecieron por doquier viajeros y narradores de viajes de alto nivel, muchos de los cuales fueron escritores o artistas. Podría decirse que no hubo ningún escritor, dramaturgo, poeta, novelista o artista que, procedente de Europa o América, no hubiera vagabundeado en algún momento por las calles de Roma, plasmando la huella de su experiencia en obras, cartas, memorias, diarios, apuntes de viaje o dibujos.

### Roma en la literatura

El arqueólogo y eminente historiador del arte alemán Johann Joachim Winckelmann escribió: «Creo que he venido a Roma para ampliar la perspectiva de los que vendrán después de mí». En realidad, tras la aparición de sus textos sobre los descubrimientos de Herculano (1738) y Pompeya (1748), amplió también las fronteras de Italia, favoreciendo la inclusión de Nápoles y de sus alrededores en los itinerarios de los «grandtouristas». Pero sería el viaje de Goethe, en 1786, el que iba a atraer cada vez más extranjeros a Italia y a Roma.

En su *Viaje a Italia*, publicado entre 1816 y 1829, que se convirtió en una guía para el viajero romántico del siglo XIX, Goethe escribió: «Sólo hay una Roma en el mundo, y yo me siento en ella como el pez en el agua». Captó la belleza y la inmortalidad de sus monumentos cuando se detuvo en la antigua vía Apia a reflexionar sobre hasta qué punto los autores de aquellas tumbas antiquísimas eran conscientes de que trabajaban para la eternidad. O cuando se paró, fascinado, bajo la Porta del



#### EL ADMIRADOR DEL ARTE CLÁSICO

Johann Joachim Winckelmann (arriba, en un busto de 1781) fue nombrado conservador de las antigüedades romanas y bibliotecario del Vaticano en 1756.



**LA LLEGADA  
DE LOS ARTISTAS**

El pintor francés  
Hubert Robert fue uno  
de los artistas que se  
instaló en Roma.  
Allí pintó gran número  
de obras, como esta  
vista del Capitolio con  
la estatua ecuestre  
de Marco Aurelio.





DE AGOSTINI / ALBUM

## EL CONTRASTE ENTRE RUINAS Y MODERNIDAD INSPIRÓ LOS MÁS HERMOSOS ESCRITOS

PIÓ VI, PAPA ENTRE 1775 Y 1799. BUSTO EN MÁRMOL DE CARRARA.

Popolo, el mismo monumento, por cierto, sobre el cual el escritor francés Stendhal observó veinte años más tarde: «Ah, la famosa Porta del Popolo. Es la más fea que conozco, y en todas las calles reina el olor a coles podridas». El pensador Montesquieu criticó la escalinata de Trinità dei Monti, pero también reconoció que Roma era una ciudad donde «parece que las piedras hablen y que no se acaba nunca de ver, una ciudad "eterna"». Según el científico francés Gaspard Monge, en cambio, la Roma de 1796 «no es sino una momia, cuyo espíritu vital se apagó hace tiempo».

Pero la ciudad continuó fascinando a muchísimos viajeros extranjeros, cautivados por la estrategia de Pío VI, magnífico mecenas que durante su pontificado apostó por la imagen de Roma como centro de lo antiguo, y no sólo de la religión, con el objetivo de enriquecer los Museos Vaticanos. Comerciantes de antigüedades, numismáticos y artistas convirtieron así Roma en su destino preferido. Su estancia estaba justificada por la enorme atracción que ejercían las catacumbas, las reliquias cristianas, los testimonios renacentistas; por una herencia que tenía un encanto irresistible para miles de artistas y viajeros que buscaban las raíces más profundas de su yo, además de las de su pasado.

### Un lugar mágico

En el siglo XIX, los «forasteros» interpretaron Roma de formas muy distintas. Las reacciones de los visitantes ante la continua sucesión de lo antiguo y lo moderno, el pasado y el presente, quedaron reflejadas en las más diversas opiniones. Fue precisamente el contraste entre las novedades arquitectónicas y las ruinas lo que dio vida a las páginas más hermosas sobre la ciudad. Desde el excéntrico escritor y artista inglés Rolfe a su compatriota

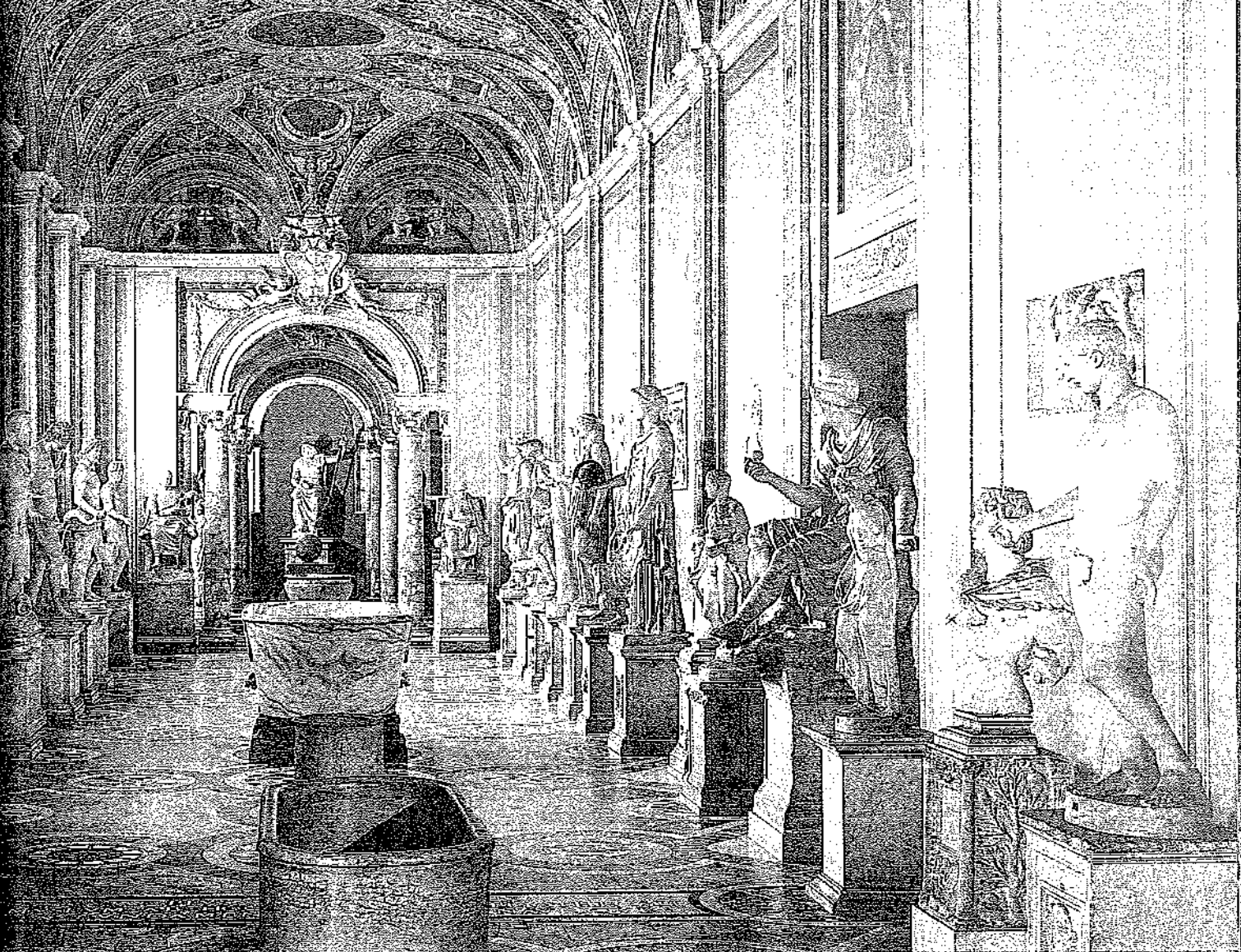


SCALA BREZER

el novelista Thackeray, de la escritora francesa George Sand al novelista ruso Nikolái Gógol, del paisajista Corot al atormentado pintor Géricault, del compositor Berlioz al creador de óperas Bizet, en una sucesión de impresiones extáticas o indignadas, la Urbe era para escritores, músicos, pintores y artistas un eterno «instituto de las ciencias», la «madre común de las Bellas Artes», de la cual había que aprender la técnica y donde uno debía someterse a una especie de inevitable bautismo de la Belleza.

Muchos escritores, como los estadounidenses Henry James y Edgar Allan Poe, quedaron admirados ante el anfiteatro Flavio —el Coliseo—, mientras que otros como Herman Melville y Charles Dickens lo detestaron. Para Gógol, que vivió allí entre 1838 y 1842, la Roma antigua se erigía «grandiosa» en medio de hiedras, aloes milenarios y extensas llanuras.

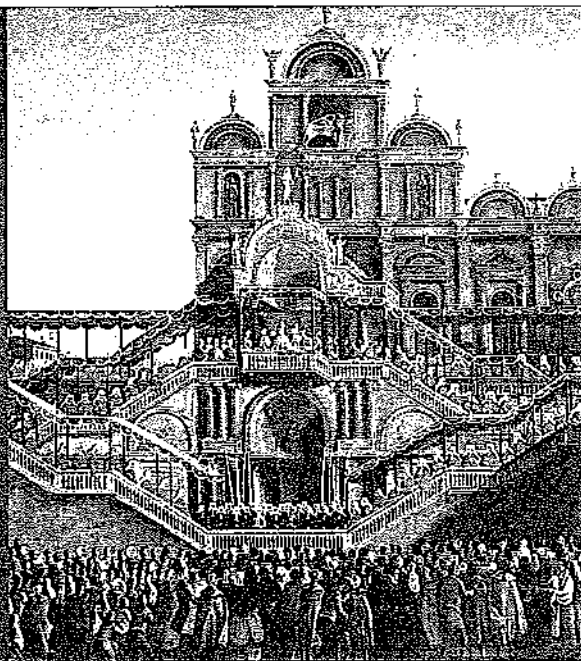




## MECENAS VATICANOS

A PARTIR DE UNA PEQUEÑA colección privada de esculturas que habían pertenecido al pontífice Julio II (1503-1513), el papa Clemente XIV creó en el año 1769 el Museo Pio Clementino, ampliado entre 1775 y 1799 por Pío VI y dedicado exclusivamente a estatuas clásicas. Muchas de ellas procedían de la propia Roma, como el *Laocoonte*, hallado en 1506, o el *Torso del Belvedere* descubierto en el Campo del Fiori hacia la misma fecha.

EL PAPA PÍO VI BENDICE A LAS MULTITUDES ANTE LA BASÍLICA DE SAN JUAN Y SAN PABLO



## LA GALERÍA DE LAS ESTATUAS

En el Museo Pio Clementino se dedicó esta galería a valiosas estatuas de la Antigua Grecia. Muchas de ellas son copias romanas de esculturas de la Grecia clásica.





## LA ROMA DE LOS POETAS

En este cuadro del siglo XIX, de inspiración romántica, aparece el poeta inglés Percy Bysshe Shelley en las ruinas de las famosas termas de Caracalla, durante su estancia en Roma, en 1818.

El inmenso Coliseo, con sus arcos triunfales, las ruinas del Palatino, las termas imperiales y las tumbas dispersas por el campo alejaban la mirada del escritor de los callejones y de las calles estrechas. Stendhal, que describió la ciudad en sus *Paseos por Roma*, exhortaba a dejarse llevar por la admiración que suscitaba la plaza de San Pedro, «un monumento tan grande, tan bello, tan bien cuidado, en una palabra, la iglesia más bella de la religión más bella del mundo». Pero después, irritado, afirmaba que en Roma «todo es decadencia, todo es recuerdo, todo está muerto. La vida activa se halla en Londres y en París».

Como escribió Ferdinand Gregorovius, el gran historiador alemán de la Roma medieval, «en Roma se encuentra sólo lo que uno lleva consigo», puesto que, según él, cada viajero proyectaba sobre la ciudad su propia visión ideal. El poeta inglés lord Byron, que la definió

como «mi patria, ¡ciudad del alma!», vivió en el número 66 de la plaza de España en mayo de 1817, y se sintió tan bien allí que escribió «mi único refugio está entre estas ruinas». «En la Capital del mundo que fue», su amigo y poeta Percy Bysshe Shelley quedó fascinado por los milagros antiguos y modernos que contenía aquella ciudad majestuosa. La lectura a menudo doble y ambigua de Roma, la vieja dama pontificia, convertía la ciudad en un lugar sagrado y al mismo tiempo perverso, mágico, pero también venenoso.

## Las dos caras de la ciudad

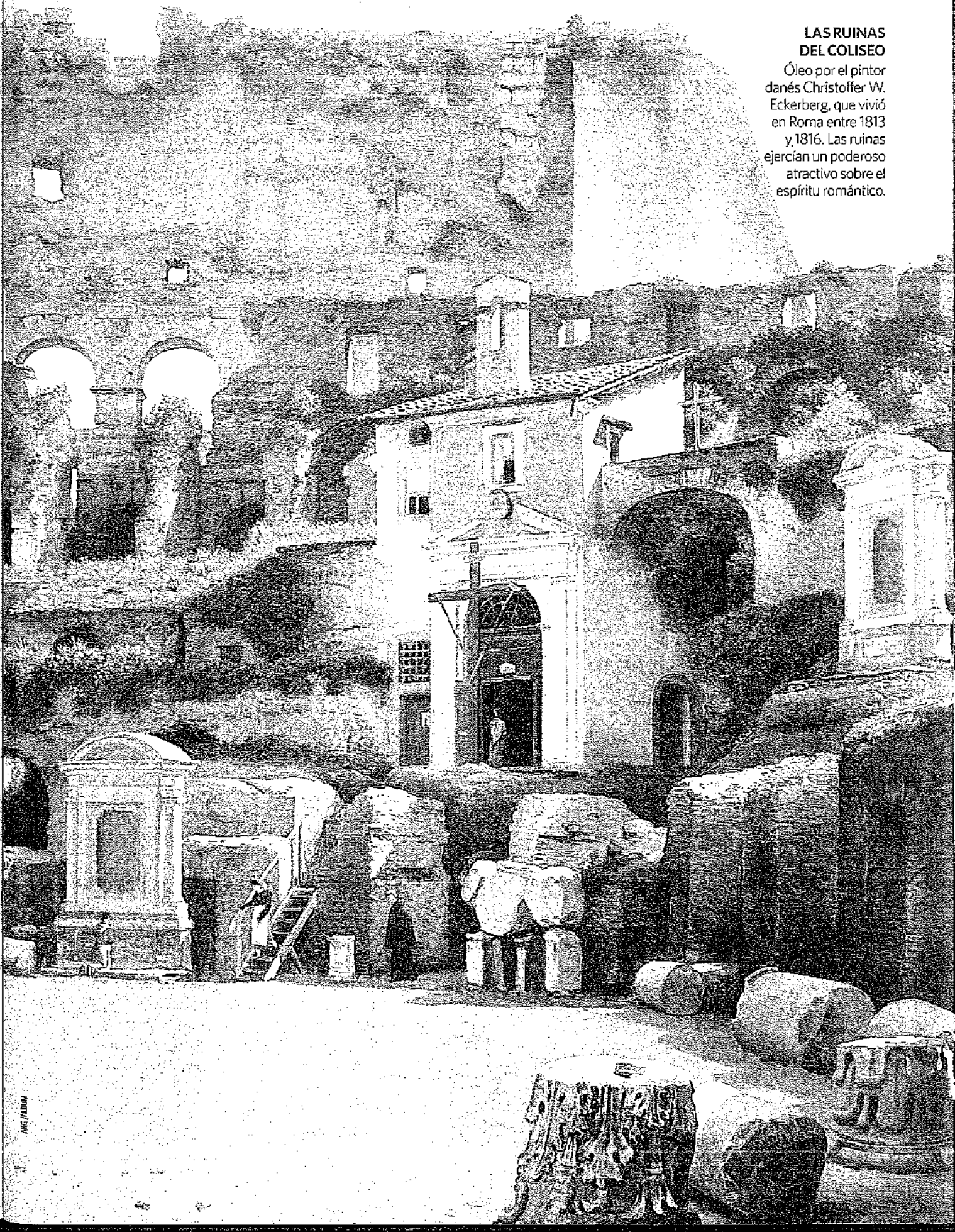
El estadounidense Nathaniel Hawthorne, en su novela *El fauno de mármol*, destacó muy bien la severidad y el canon clásico de los Museos Capitolinos, desde cuyas ventanas se veían los foros. En su opinión, el Coliseo parecía un embudo infernal capaz de recoger toda la sangre vertida por los romanos «en un grandioso lago subterráneo, justo debajo de nuestros pies». Para él Roma era un «cuerpo muerto, en su mayor parte decadente, que conserva aquí y allá la huella de la noble figura que era». Al abandonar la Ciudad Eterna, después de una infeliz estancia, escribió: «Detesto Roma y estaré contento de despedirme de ella para siempre».

El poeta y diplomático francés Paul Claudel, a finales del siglo XIX, comparó el Coliseo con un espantoso músculo concéntrico, una especie de estación terminal de todos los caminos de la tierra: «Cisterna, trituradora, bulbo ocular». La Roma del historiador Jules Michelet era aquella donde las piedras hacían la revolución: escaleras hacia el abismo, puentes que conducían al vacío, torres sin base. Si para el político y escritor Chateaubriand la muerte parecía haber nacido en Roma, para el poeta Shelley la Urbe era la ciudad de los muertos, «o mejor, de los que no pueden morir, de los supervivientes».

Pero desde esa misma ciudad, Henry James escribió a su hermano: «¿Qué quieres que te diga? Finalmente, por primera vez, ¡vivo!». Después, en una novela corta, describió la más hermosa noche de luna, enfermiza, inquietante, frente a un Coliseo oscuro. Contemplando la plaza de Santa María del Pianto, el escritor británico John Ruskin anotó en su libreta: «Roma es sucia, pero es Roma; y para

**LAS RUINAS  
DEL COLISEO**

Óleo por el pintor danés Christoffer W. Eckerberg, que vivió en Roma entre 1813 y 1816. Las ruinas ejercían un poderoso atractivo sobre el espíritu romántico.







## DESFILE DE CARNAVAL EN LA VÍA DEL CORSO

**G**OETHE DELÓ, en su *Viaje a Italia*, una amplia descripción del Carnaval romano, que tenía por escenario principal la calle del Corso, por donde desfilaban los coches. «Dirigimos ahora una mirada a la larga y estrecha calle donde de todos los balcones y todas las ventanas cuelgan largos tapices de colores variados, sobre los cuales asoman espectadores apretujados para mirar las tribunas repletas de otros espectadores [...] Por la calzada avanzan lentamente dos hileras de coches, y la franja por la cual podría circular una tercera fila de carruajes se halla atestada de gente que no camina, sino que más bien se empuja en un sentido o en otro [...] Muchos peatones se atreven a salir de la aglomeración para aventurarse entre las ruedas del coche que marcha delante y la lanza y los caballos del que sigue, y cuánto mayores son el peligro y la dificultad de los peatones, más parecen aumentar su humor y su audacia».

**CARNAVAL EN ROMA.** OLEO POR EL PINTOR RUSO ALEXANDER MYASOEDOV, QUE MUESTRA LA VÍA DEL CORSO DURANTE EL CARNAVAL DE 1839. MUSEO DEL HERMITAGE, SAN PETERSBURGO.

### EL CAFE DE LOS VIAJEROS

El Caffè Nuovo en el Palazzo Ruspoli fue uno de los preferidos por los escritores, artistas y viajeros que llegaban a Roma. Oleo por Karl Johan Lindström. Museo Napoleónico, Roma.



cualquiera que haya vivido mucho tiempo en Roma esa suciedad tiene un encanto que la belleza de otros lugares nunca ha tenido». Para Napoleón la ciudad constituía «sin duda» la capital que los italianos escogerían, algún día.

### De las ruinas al hombre

Los viajeros románticos empezaron a ofrecer a los lectores de sus diarios o a los compradores de sus cuadros y de sus bocetos una nueva perspectiva de Roma. Los temas de sus historias ya no eran sólo los paisajes o las etapas del recorrido, los lugares elogiados, los fragmentos de tumbas, los restos de las antiguas ruinas, las obras de arte, es decir, todo lo que pertenecía al mito, sino los hombres, las personas que encontraban y sus costumbres, la realidad. Sus impresiones, transformadas en apuntes, imágenes y música, relataban la relación entre la ciudad y sus habitantes.



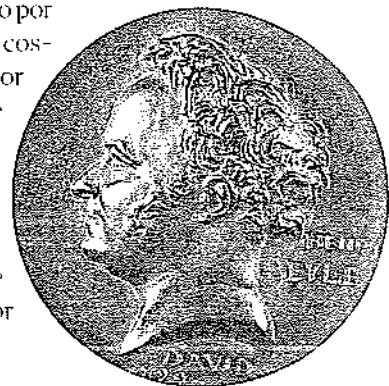
subrayando las formas de vida, las costumbres y los hábitos. Los viajeros empezaron a dar voz a la relación entre los lugareños y los extranjeros, de acuerdo con una literatura de viajes que, durante el siglo XIX, desarrolló una sensibilidad más acusada hacia las raíces antropológicas de la población italiana que hacía el gusto por la belleza clásica de los monumentos: Roma ya no era sólo una enorme extensión de ruinas y de estatuas, sino también una ciudad de fiesta y alegría. Lo que atraía eran tópicos: el vino, la embriaguez, el monje enfadado, la campesina fecunda, las procesiones dentro del Coliseo, el Carnaval.

La Roma del 1800 era también una ciudad de pobres, pero sin la miseria sórdida que podía encontrarse en otras capitales europeas. Muchos extranjeros quedaban fascinados ante la «belleza natural» del pueblo, heredero de una antigua y clásica elegancia, de una

magnífica estirpe, creada para servir como modelo a todos los pintores del mundo. Fue Stendhal quien quedó más fascinado por los ambientes populares, por los bandidos y por los delinquentes callejeros, cautivado por los actos brutales de la época, por las pasiones incontroladas, por los celos y por los delitos de honor. El escritor, cliente de un barbero del Trastévere al que pagaba para que fuera a su domicilio, un tipo «rebotante de energía», joven, grande y charlatán, se sentía atraído por los hábitos de la vida romana y por las costumbres violentas, no sólo por el gusto por el arte. Sin caer en el aburrimiento que arrastraba a los turistas que se cansaban pronto de los cuadros, de las ruinas y de las estatuas que después de un cierto tiempo lo volvían todo insípido, su perspicaz punto de vista sociológico se orientaba hacia una Roma habitada por

#### UN ADMIRADOR DE ROMA

El escultor Gian Lorenzo Bernini trabajó en un relieve en bronce y dejó testimonio de sus vivencias romanas en sus *Diarios Romanos* (Nápoles y Florencia de 1617) y en *Proposiciones* (1627).





## LA PRIMERA AGENCIA DE VIAJES CAMBIÓ A LOS VIAJEROS Y A LA PROPIA CIUDAD

hombres que no escondían «bajo un eufemismo la amarga realidad de la vida». Y desde el Caffè Nuovo del Palazzo Ruspoli, considerado por los viajeros extranjeros el más bello de Europa, el escritor, que lo frecuentó durante sus estancias por considerarlo un lugar muy agradable, reflexionaba sobre el pueblo romano.

### Los viajes organizados

Roma y sus cafés habían cambiado desde que casi cuarenta años atrás, en 1776, el pintor galés Thomas Jones se escapaba al Café de los Ingleses a tomar una taza de café o un vaso de ponche, y luego tenía que buscar a tientas el camino hacia su casa, en la oscuridad y el silencio. Y cambiaría aún más después de que, en 1841, el inglés Thomas Cook inaugurase en Londres la primera agencia de viajes organizados, que permitió a la clase burguesa viajar a un coste mucho más bajo. Así empezó un «turismo cultural» que mostraba una visión pintoresca de la Europa meridional y, por consiguiente, del sur de Italia. Cambiaron la forma de viajar, los viajeros y la propia Roma.

Con 130.000 habitantes a principios del siglo XIX, totalmente encerrados dentro de las murallas aurelianas, del siglo III, Roma era una ciudad de tamaño medio. Las residencias aristocráticas estaban rodeadas de parques y toda el área arqueológica permanecía sin excavar, llena de huertos y de campos destinados al pasto, como el mismísimo Foro romano. Después de 1870, esta ciudad perezosa y verde, con ya 200.000 habitantes, solemne y decadente, desaparecería para siempre bajo el peso de la modernización. El proyecto de Garibaldi de convertir el Tíber en una ruta viaria fue muy mal acogido por Gregorovius, que escribió que quitar a Roma aquel río sería «como quitar los ojos a un rostro humano. Sí, quitarle la memoria. El Tíber es la memoria viva de Roma, el río sagrado de la civilización, el Nilo de Occidente».



EL ESCRIBA PÚBLICO, ACUARELA PERTENECIENTE A LA COLECCIÓN DE OBRAS SOBRE EL FOLKLORE Y LA VIDA COTIDIANA DEL PUEBLO ROMANO CONSERVADA EN EL MUSEO DE ROMA EN EL TRASTEVERE, SIGLO XIX.



LA BEFANA, LA ANCIANA QUE REPARTE REGALOS DURANTE LAS FIESTAS NAVIDEÑAS ES UNA FIGURA TÍPICA DE DIVERSAS ZONAS DE ITALIA: BEFANA EN ROMA, POR JEAN-BAPTISTE THOMAS, SIGLO XIX.



# VISIONES DE ROMA

**E**L FAMOSO ESCRITOR Y POETA danés Hans Christian Andersen residió en la Ciudad Eterna en 1841, en 1846 y en 1861. Pocos meses después de llegar a Italia y a Roma, Andersen escribió a una amiga suya que se sentía «un hombre completamente distinto», con una visión más clara del mundo y de la vida. En sus obras, como *El Improvisador*, apareció Roma («parisina»), de plazas y calles abarrotadas, que acogía en sus miles de locales a los millares de artistas que llegaban a la ciudad procedentes de todos los países europeos. Era una ciudad habitada por un pueblo cordial, con una filosofía de vida servicial, el centro en el que convergían los habitantes alegres e ingeniosos del campo y como un mundo de fiestas, de procesiones, de manifestaciones. Si para el londinés era el día Roma era «la noche grande y magnífica, capaz de elevar el pensamiento a la fantasía», donde las ruinas eran solitarios escenarios en el que discurre la vida, como Andersen escribió en 1846 al duque Carlos Alejandro de Weimar, Roma «sigue siendo una fabula y como una fabula debe amarse».

PLAZA DE LA AZIMELLE EN EL GUETO JUDÍO DE ROMA. DEMOLIDO CASI POR COMPLETO EN EL AÑO 1888. AGUARELA POR ENRIQUE FOSSIERFRANZ, PERTENECIENTE A LA SERIE «ROMA DESAPARECIDA» 1885.